

¡Cuántas veces el combatido, el desgraciado Cervantes, sentiría perderse la razón, extraviársele la inteligencia, desmayarle la voluntad y exclamaría, como el cuitado pastor filósofo:—¡Ah, cerrera, cerrera, manchada, manchada, ¿y cómo andais vos estos días de pie cojo? ¿Qué lobos os espantan?...

Y los lobos, que son los hombres unos para otros, aullaban en torno de él.

CAPÍTULO XLV

CERVANTES PIENSA Y REPIENSA EN EL QUIJOTE.—MIRA EN TORNO SUYO.—LLEGA Á VALLADOLID

Veinte años casi eran pasados desde que Miguel, lleno de ilusiones, compuso la *Galatea*, casó con doña Catalina de Salazar y tuvo amores con Ana Franca. Lo que de su juventud le quedara en el corazón no sería mucho. Las horas de felicidad habían sido cortas: acaso entre todas ellas no compusieron un día: larguísimos, en cambio, los años de tristeza y desventura. Dejaba Miguel en Sevilla, gozando sus otoños ó sus inviernos á muchos ancianos poetas de blancas barbas florecientes, como Baltasar de Alcázar, que habían sabido pedir á la vida lo que ella dar puede y disfrutarla calmosos, discretos.

A la placidez y serenidad de Sevilla apenas llegaban aún las melancólicas nuevas de los males que afligían á España. Los agasajos con que oficialmente se festejó á la marquesa de Denia fueron el primer aviso del cambio profundo que en costumbres y gobierno estaba operándose. A la política personal del Rey, con Felipe II muerta, sustituyó la política personal del privado, y quiso la mala suerte que el privado fuese hombre de tan escasa valía intelectual y moral como el duque de Lerma.

Quien haya visto el retrato de Felipe III por Velázquez no ha menester mayores ni mejores explicaciones de lo que no fué decadencia, sino despeñamiento.

Felipe III era un pobre sér linfático, clorótico, de colgante labio, de sumidos aladares, de claros inexpresivos ojos, de planta neciamente fanfarrona; gran jinete, corto lector y tan pobre de

inteligencia que su ayo y preceptor el arzobispo toledano D. García de Loaysa apenas pudo imbuirle cuatro devotos conceptos en el angosto cráneo. Muchas veces he tenido en mis manos el pectoral que usó D. García de Loaysa: es una humilde, una sórdida cruz de latón sin adorno, piedra, filigrana ni repujado alguno. Este cardenal no había sido hecho para infiltrar en el ánimo de su apocado alumno ideas de generosidad y de grandeza. Este cardenal, digan lo que quieran las historias, era un pobre diablo, y otro pobre diablo fué el Rey á quien dicen que educó.

Casaron á este pobre diablo de Rey con una princesuca austriaca, duodécima ó vigésima hija de cualquier duque ó príncipe de los que abundaban en su tierra como aquí los hidalgos. Doña Margarita de Austria era una buena é insignificantisima señora que, cuando fueron á buscarla para compartir el trono de España con su esposo, estaba en un convento, hospital ó asilo, dando muestras de las más relevantes virtudes. Formaron Don Felipe y doña Margarita un matrimonio burgués, arregladito y económico, cual era conveniente á los apuros de la nación, pues no se ponía aún el sol en los dominios de España y ya ni el mismo Rey tenía un cuarto.

Aunque Lerma tuviese, más que de águila, de urraca guardadora, bien conoció que á semejantes seres convenía divertirles y los llevó por España de fiesta en fiesta, les procuró remuneradas ovaciones, les hizo creer en esa felicidad universal cuya ostentación tan propicios halla los ánimos de los tontos. Una espesa atmósfera de bobería comenzaba á formarse en los alrededores de palacio. De él iban huyendo los caballeros de las barbas agudas y de las mejillas maceradas y de los ojos soñadores que Theotócopulos pintó. De la semilla echada en las casas de la grandeza por los primeros místicos y ascéticos iban recogiendo el fruto aquellos escurridizos é insidiosos eclesiásticos que las gobernaban á su talante y voluntad, absolviendo los deslices de las señoras y compaginándolos habilidosamente con los de los señores. A la seguridad y firmeza con que se pensaba y se procedía en tiempo de Felipe II había reemplazado una voluble intranquilidad, una inconsistencia casi gelatinosa de las volunta-

des. El miedo reinaba en los palacios Reales y en los de la nobleza: un miedo inexplicable, absurdo, Dios sabe de qué, del pecado, de la contaminación, de la herejía.

La Inquisición velaba, pero la heterodoxia andaba no menos despierta y si no contó con varones tan preclaros intelectualmente como los protestantes españoles del tiempo del Emperador, sí prosiguió haciendo su propaganda en la obscuridad, trabajando el pensamiento de éste y de aquél, no el de la masa. Andaba la Inquisición persiguiendo á relapsos é iluminados, á ilusos é iludentes de menor cuantía y mientras tanto dejaba pasar conceptos é ideas que en el púlpito y en el libro moldeaban las almas é influían en ellas.

Hay toda una parte secreta de la Historia de España en estos años en que parecía todo el mundo suspendido y embobado, la cual está por escribir. Recelos, sospechas y desconfianzas increíbles dominaban á la general debilidad de los espíritus: Unos á otros se miraban de reojo todos los españoles. Necio sería no darse cuenta de cómo esta intranquilidad, esta inseguridad, esta mal saciada hambre del alma y del cuerpo, se reflejan en todas las obras de nuestro siglo de oro, y les privan de aquel empaque augusto, clásico y severo que en las obras del siglo de Luis XIV sustituye á la profundidad de la visión y á la humanidad de los personajes y de sus sentimientos. Como nunca nuestros escritores, ni siquiera el mismo Lope, gozaron del reposo indispensable á la perfección clásica, todos ellos son unos rebeldes, unos nerviosos, excitados, hiperestésicos, y así no tenemos verdadero clasicismo, y no debemos lamentarlo. Sólo un alma serena y clarividente, la del gran P. Mariana, podemos considerar como clásica de veras entre todas las demás turbulentas y agitadísimas.

Poco hubiera sido para Cervantes tropezar con un ambiente clásico. Mejor que nadie hubiera podido ser clásico el autor del discurso de las armas y las letras y de la historia de Cardenio, y de las razones de la pastora Marcela: no lo fué, sin embargo, y es bien que no lo fuese. Con cuanto había sentido y pensado en sus tiempos heroicos, en los graves años de Felipe II, chocaba y se estrellaba cuanto, anticipándose al juicio general, sentía y pensa-

ba ya en los caricaturescos días de Felipe III. Para alumbrar aquellos primeros años era menester la fuerza y brillantez del sol de la Mancha: para iluminar estos segundos bastaba arrojar sobre ellos el resplandor de los anteojos implacables de D. Francisco Gómez de Quevedo. Se hallaba Cervantes á horcajadas sobre dos épocas tan distintas que, sólo alzando el vuelo cuanto lo alzó, pudo salvar las cumbres de los siglos y las de las naciones. En aquel momento crítico en que forjó su obra, España había dejado de ser interesante. Le faltaba ya á la nación entera ese punto de locura que á destinos inmortales conduce á hombres y á pueblos. Por eso fueron locos Don Quijote y el licenciado Vidriera, y aquel otro de Córdoba y aquellos de Sevilla, portavoces de la verdad que á Cervantes se le escapaba de los escondrijos de la conciencia.

Sólo una grande y épica locura, sólo un libro de caballerías—pensó Miguel—, podía alzar á la vulgaridad y á la *tontez* generales del fangal y del terraguero, y por eso hizo un libro de caballerías de veras. Solamente la risa y el desprecio, los palos, las puñadas y las comilonas, pueden excitar á este vulgo cansado y abatido—pensó también—, y por eso creó á Sancho y quiso, no sin gran dolor de su corazón, que Don Quijote fuese apaleado, ultrajado, desconocido por la turbamulta, en lo cual no poco había de parte autobiográfica. No se ve claro aún el porvenir ni se vislumbra si tendremos redención ó quedaremos en tal estado—meditó después—; y dejó acabar la primera parte con una gran perplejidad para él mismo y para el lector.

No olvidemos que esto pasaba en 1603, cuando aún no existía el Felipe III de Velázquez. El caballero andante había sido enjaulado por loco, pero vivo se hallaba y podía volver á salir pidiendo guerra y el escudero se prometía aún nuevas ganancias. El yelmo de Mambrino era bacía, eso teníanlo por indudable cuantos le palparon, pero aún más grabados que esta convicción estaban en sus almas los conceptos sublimes de labios de Don Quijote caídos. La cabra errante del malhumorado pastor sujeta estaba, pero aún podía salir huyendo de los imaginados ó reales lobos que la perseguían.

Quedaban, pues, la obra y el pensamiento de Miguel en relación con la realidad en que vivía, no en distinta situación de aquella en que el gallardo vizcaino y el valeroso Don Quijote quedaron antes que los enhebrase al hilo de su pluma el sabio Cide Hamete. Y reflexionando Cervantes sobre esto notaba y hacía notar marcándolo aquí y allá, y recalándolo en tal ó cual pasaje, cómo, en suma, aquel caso por él concebido era la imagen de la vida entera y no ya sólo el particular reflejo de un estado social que podía seguir adelante ó transformarse radicalmente, que podía ser una siesta, un sueño ó un letargo. Turbados y confusos dejaba á los lectores porque turbado y confuso estaba él, pero no tanto que no dejase abierta la puerta ó entornada por lo menos, para que una mano bienhechora ó un vientecillo sutil ó un huracán la abriesen y dieran acceso á la esperanza.

No estaba Cervantes enteramente desesperanzado, no podía estarlo, conociendo á España, la resucitada eterna y conociéndose á sí mismo, que de tales y tan recios trances había salido con vida, y apreciando en lo justo el valor de su obra. De la posteridad estaba seguro. Tratábase tan sólo, en la ocasión presente, de asegurar el día de hoy y el de mañana, en los que nunca pensó Miguel con la necesaria tenacidad y el indispensable empeño. El mundo grande, lo que fuera de España y del tiempo actual presentía, de sobra conoció él que no había de escapársele. El mundo pequeño era el que necesitaba conquistar y el momento presente, puesto que la vejez se acercaba y el sosiego del anochecer no venía á su agitado corazón.

Y ocurrió entonces el caso, menos raro de lo que suele pensarse, de que la visión artística de la realidad, en la forja y composición del Quijote adquirida y perfeccionada, le sirviese de pauta para encarrilar sobre ella su vida ó intentarlo cuando menos. No maldigamos nunca á los libros ajenos ni á los propios, ni á las locuras y á las corduras que engendran. De sí mismo había partido Miguel, de los contrastes, batallas y apuros por que había pasado en su existencia y de ello saltó á los libros de caballerías que le esclarecieron y le ensancharon el horizonte y en este ensanchamiento y claridad vió cuanto en su tiempo era posible ver

de la vida particular y general de un pueblo, y cuanto de la vida universal y eterna saben ver tan sólo los genios como él.

Elástico ya su espíritu, se recogió en sí mismo, á sí mismo volvió, aunque ya no era, ¿cómo había de ser? el mismo de antes. Si cualquier fruslería, unos amores fracasados, una cuestioncilla de amor propio, una obra teatral ó un discurso que tengan éxito nos transforman y nos vuelven otros, ¿qué transformación no sería la de Miguel después de escribir la primera parte del Quijote y coincidiendo precisamente con el cambio que en todas las clases y estados de la nación se verificaba, manifiestamente? Cuáles serían los aumentos y las inesperadas grandezas de su alma rica por fin y más que rica opulenta, apenas podemos imaginarlo.

Quizás entonces, con melancolía honda, cayó en la cuenta de su error pasado y pensó cuánto mejor le hubiera sido seguir escribiendo novelas y comedias y no meterse en las andanzas de comisario de abastos y cobrador de rentas y alcabalas: quizás, después de pensar esto, se hizo cargo de que no había perdido aquellos veinte años, durante los cuales el héroe y el poeta se convirtieron en lo mejor, en lo único que se puede ser en este bajo mundo, pues á ello nos envían: en un hombre, tan hombre que los demás con razón le llamasen genio. En el mundo no había que perder, en realidad, más que la vida: lo demás no eran pérdidas, ó cuando lo fuesen, medios había para trocarlas en ganancias seguras y perdurables. Y la vida por él presentada en el Libro inmortal aún no quería soltarle; y vivo estaba también Don Quijote.

La patente de vida más enérgica, más original, más alegre, más demostrativa del dominio de sí mismo y de la galanura y contento y lozanía de su alma la escribió Cervantes, componiendo el maravilloso, el donosísimo, el archimoderno, el suelto, el ligero, el agudo prólogo del *Quijote*, los versos de cabo roto y los demás en que, por cierto, sin gran disimulo, ataca resueltamente á Lope, quien de nuevo, cediendo á su versátil condición se había enojado con Cervantes, á quien creía autor del soneto de cabo roto también que contra él y contra sus obras compuso D. Luis de Góngora:

Hermano Lope, bórrame el soné-

Quizás fué entonces, cuando Lope lanzó el suyo insultante y procacísimo contra Miguel. Fuera así ó no, Miguel veía que la atmósfera de gurruminez y de minucia en que estaba envuelto lo más alto de la nación contaminaba también á los hombres á quienes él conocía por genios de primer orden, como Lope y Góngora.

Apenas apartados un momento de la tiesura y rigidez retórica anterior á Cervantes, los literatos volvían á ser literatos, políticos los políticos y la realidad se empequeñecía, circunscribiendo á los hombres y engurrundiéndoles dentro de su oficio. Divino oficio, en manos de Lope y de Góngora, pero oficio al cabo, con todas sus rutinas y sus patallanas.

Veía también Cervantes cómo la masa no lograba tener color definido, ni anhelos que la calificaran y concretasen y en tanto las individualidades poderosísimas que en tan fecunda época iban naciendo y trabajando daban golpes en vago, batíanse con fantásticos gigantes y emprendían hazañas teatrales, como las de Lope, únicas que lograban sacar de su modorra al vulgo de abajo, ó caballerías culteranas, como las de Góngora, únicas que despertaban la atención del vulgo de arriba. La sociedad ficticia que era reflejo del teatro ó de la cual el teatro era reflejo, pues algo de ambas cosas ocurriría y cuya existencia notara ya Cervantes en su último viaje á la corte, había crecido: las teatrales costumbres, que suelen reemplazar á las heroicas en los comienzos de toda decadencia, se abrían paso y se desarrollaban hasta dominar en todas las clases de la sociedad. Los originales de Lope y los de Tirso pululaban ya en Madrid, en Toledo, en Valladolid y al sutilizarse las sensaciones femeninas y las masculinas, que, al cabo, no son sino ecos de ellas, comenzaban á apuntar aquí y allá las debilidades y las excitaciones inesperadas y el *titi-titi* casi epiléptico de la melindrosa Belisa comenzaba á correr como un escarabajo por pechos y espaldas de las mujeres que guiaban á los hombres entonces como ahora.

Nació en aquel tiempo lo que llamamos neurastenia, hiperestesia y otra porción de nombres raros, que no indican sino falta de robustez. Al rey linfático y clorótico y á la grandeza educada por

frailes biliosos, neuróticos y candidatos á la locura en cualquier otro clima y lugar menos propicios á la paradoja y al absurdo como regímenes de vida, correspondía una sociedad inquieta, trastornada, incapaz ya de acciones grandes, ansiosa de emociones fingidas, amante del teatro.

En tal concepto, *Don Quijote* era un libro de caballerías hecho para castigar aquellos nervios, un revulsivo para la piel amarilleada en el encierro místico, y en las metafísicas amorosas aridecida, un libro azote, un libro martillo, un libro antorcha: y su elaboración no estaba concluída aún ni mucho menos, porque Cervantes no había acabado de penetrar en lo espeso de la sociedad española, que ya no se hallaba en la plácida Sevilla, sino en los secos y enjutos lugares acortesanados, en Madrid y en Valladolid: y ya se nota que en la primera parte del *Quijote* hay locos, pero no hay enfermos, y ya se reparará cómo en la segunda parte la duquesa tiene la fuente de que nos habla doña Rodríguez, y el hijo del caballero del Verde Gabán adolece de otra enfermedad característica, que se llama decadentismo poético, y Basilio, el pobre está á punto de suicidarse por los amores... Por eso la segunda parte encierra ya lo irremediable, mientras que en la primera queda ancho lugar á la duda, que es una con la esperanza.

Desde la grandeza augusta del Escorial, la corte de España, cediendo á conveniencias del omnipotente Lerma, se había trasladado á Valladolid. Era esta una prueba á que el orgulloso duque quería someter al rey primero, cuya vacilante voluntad cedió pronto, y además á los otros cortesanos. Ya sabía Lerma que quienes se mudasen desde luego y de buen grado á Valladolid eran los suyos, los afectos, los incondicionales, como dicen ahora. Quería hacer un recuento de la gente noble, como hizo otro recuento de la gente rica, mandando que cuantas personas tuviesen plata en sus casas la mostrasen, bajo las más severas penas.

Iniciaba Lerma con esto el funestísimo error en que desde entonces han vivido en España todos los políticos conservadores, para quienes no ha habido en la nación más gente atendible y considerable que los nobles y los ricos, sin echar de ver que sólo con nobles y ricos no se gobierna, porque no es posible gober-

nar con los ménos, cuando los ménos valen poco. Tímida y medrosa iba saliendo la plata de los escondrijos y alacenas: medrosos y tímidos se mostraban ya cuantos poseían algo. Los grandes de España que ya no iban á la guerra y vivían de fanfarrías y fingimientos exteriores, solían estar empeñados. Los burgueses que en sus arcas, en aquellas famosas y numerosísimas arcas donde se vendía el buen paño, según el refrán inventado por la desidia española, guardaban el metal rico, se apocaban y amezquinaban cada vez más. Nació entonces también la burguesía medrosica, amiga del apartamiento y de la reserva, de la cual es modelo el caballero del Verde Gabán: raza de sesudos, de sensatos, de medrosos, de ahorrativos, de egoistas, en suma, que para nada bueno sirve si no hay quien sepa aguijarla y dirigirla. También para estos eran necesarias las caballerías de Don Quijote y las gracias de Sancho. Aquellos burgueses no reían si no se les pinchaba un poco: su risa no era franca y noble, sensual y voluptuosa, como la de los gordos y lucios sevillanos de las barbas floridas, risa sin segunda intención cual la del maestro Baltasar del Alcázar: sino que había de ser risa maliciosa, provocada con cosquillas en el corazón, un poco miedosa, un poco ladina, risa como la del *Quijote*, después aguzada y agravada hasta el más vivo dolor por la pluma lanceta de Quevedo, cuyas cosquillas hacen brotar sangre.

Dejado atrás el Escorial y su regularidad grandiosa, que no llega á belleza clásica, porque á sus creadores les faltó el hervor del genio, y porque el Escorial debió haberle trazado el P. Mariana y no tuvo la suerte de que por allí anduviera más que el P. Sigüenza, un sota-Mariana elegante y culto, sin vuelos ni inspiración; ya conocía Miguel que en Valladolid no iba á encontrar nada que con su genio y la magnitud de su obra se aviniese. Halló en el poblachón castellano á la corte, ó, por mejor decir, á los cortesanos de Lerma, á unos cuantos empleados y oficinistas venidos de Madrid y empotrados de cualquier manera en las casas valisoletanas, y al usual séquito de poetas, desocupados, correveidiles y buscarruidos que la corte levanta á su paso, como polvo de sus carrozas.

A la husma de la corte y de los cortesanos había acudido, como de costumbre, la viuda doña Andrea de Cervantes, con su hija doña Constanza de Ovando. Sesentona ya casi doña Andrea, reparaba con su buen trato y su maña los estragos del tiempo, no los del caudal, que debían de ser grandes, pues la halló Miguel ocupada en arreglar las ropas del Excmo. Sr. D. Pedro de Osorio, quinto Marqués de Villafranca, quien acababa de regresar de una expedición á Argel. Fuera por necesidad ó por deseo de tener metimiento y vara alta en casas de la grandeza, doña Andrea hacía, repasaba y daba á lavar las camisas y ropa blanca del Marqués y de la Marquesa, y conservamos una cuenta de esa ropa escrita por la mano misma que escribió el *Quijote*.

Cervantes notaba en su propia familia y en la persona de su inteligentísima y discreta hermana cómo todo iba empequeñeciéndose. Cervantes veía á los Reyes, con ostentoso boato ir á misa á San Llorente ó Lorenzo en Valladolid y pensaba en que Felipe II iba á misa, vestido de negro y sin fausto ni demostración de lujo, pero iba al otro San Lorenzo, al del Escorial. Cervantes pensaba que su libro sonaría, estallarí en medio de aquellas mezquindades aparatosamente disimuladas, como un gran grito en el desierto.

Singular alegría fué para Miguel tropezar en Valladolid con su amigo y paisano el librero Francisco de Robles. Le enseñó su libro, que ya Robles debía de conocer, por la fama que de Sevilla había llegado y trataron de los medios para darle al público. Pensó Robles, como hombre conocedor é inteligente, que el libro sería de resultados seguros y, Miguel animado por sus palabras y por la conversación de los amigos y colegas que hubo de encontrar en Valladolid y que no se habían olvidado enteramente de su nombre, escribió ese alegre, cortesano y mundano prólogo que es como un artículo de crítica y sátira, cuya lectura nos convence hoy y convencerá en todos los tiempos de que aquello ha sido escrito ayer por la mañana, porque tiene la frescura, el *donaire* y la ligereza de que algunos genios están absolutamente faltos, pero que los verdaderamente humanos poseen en toda ocasión. Releyendo ese prólogo y releyendo antes ó después aque-

lla deliciosa, aquella parisiense *causerie* de Horacio *Ibam fortè via Sacra* se advierte el tono de cosa recién vista, de palabra recién oída, que ambas obras tienen. Quien llega á ese grado supremo, sublime de ironía suave, de amable malicia, de gracia sin chistes, de mundanidad consumada, puede llamarse con toda razón maestro de la vida y merece ser un guía y un acompañante de la humanidad, es decir, no un heraldo de los que van delante tocando un trompetón desmesurado, como Víctor Hugo, sino un amigo de los que por obra de la dulce y simpática persuasión de sus labios brotada, nos llevan por donde ellos quieren y nos amaestran en el camino, haciéndonos dulce y corto.

No sentía Cervantes en Valladolid nostalgia de Sevilla, aunque esto nos parezca imposible. Por la acera de San Francisco y por la del Palacio Real y por los patios de la Contaduría mayor, á donde iba á presentar los descargos de sus cuentas, desagradable cola de su vida burocrática, pasea Miguel la esperanza de su gloria: al cabo de "tantos años como ha que duerme en el silencio del olvido," según él mismo dice, el Ingenioso hidalgo despierta, seguro de sí mismo y de su talento.

Bien le han estado los veinte años de Andalucía, madre que halaga, maestra que educa, querida que enardece, alma buena que absuelve y perdona. Ahora, ya los sesenta se avecinan: y un sesentón que no es pudiente, en Castilla y en su austeridad es donde ha de escarbar para echarse.

Y de Castilla, en lo más castellano: Valladolid, Toledo.